

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	Provincias: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

Cayetano Sanz.

Sabíamos que el desenlace no se haría esperar. Habíamos sido los primeros en anunciar, desde estas columnas, que la exacerbación de los achaques y padecimientos del antiguo espada, hacían su estado en extremo crítico y delicado; así es que la fatal nueva no nos cogió de sorpresa, por más de que nos afectara sensiblemente la pérdida del insigne torero madrileño.

¡Bien decíamos en nuestro número anterior, que el pensamiento de que tomara parte en alguna corrida benéfica, lo juzgábamos irrealizable, sospechando que el agotamiento de fuerzas, y la creciente consunción que se iba apoderando del insigne maestro, después del recrudecimiento de su bronquitis crónica que de largo tiempo padecía, por consecuencia de tres consecutivos meses de febricitaciones, acabarían por cortar aquella trabajosa existencia.

Si nos llamó la atención la noticia de la prensa política, anunciando su fallecimiento el 21 del corriente, cuando nuestras positivas referencias no eran esas, teniendo como teníamos especialmente encargado el inmediato conocimiento de la desgracia, la que se nos confirmó horas horas después de ocurrida en Villamanilla, entre siete y ocho de la mañana del jueves último.

Poco nos resta que decir de Cayetano Sanz. En su larga carrera, LA LIDIA ha honrado sus columnas preferentemente con el recuerdo del gran maestro; y no hace muchos números todavía, evocaba una vez más su arrogante figura, al presentarla a sus lectores, alternando con otros asuntos de su incumbencia.

¿A qué reproducir aquí su biografía, si serán contados los que la ignoren? En los setenta años transcurridos desde el 7 de Agosto de 1821, hasta el 21 del actual, Cayetano se dedicó treinta a aprender, veinte a practicar y a enseñar, y otros veinte a descansar. ¡Qué diferencia entre los procedimientos de entonces y los de ahora! ¡Treinta años de aprendizaje al lado de reputados diestros, para llegar, sin precipitaciones ni impacencias, a la alternativa, en tanto que al presente, sin más lecciones que las de la osadía, ni más ejercicio que una novillada, se cree cualquier joyenzuelo con méritos suficientes para escalar el primer puesto de la tauromaquia!

Cuando Cayetano llegó a figurar como espada de cartel, sus conocimientos eran casi completos, y, sin embargo, aún procuró perfeccionarse, ocupando un lugar al lado de Montes y el Chiclanero. Forzosamente había de resultar un torero general, y así lo corroboró en los veinte años de profesión, practicando todas las suertes y quedando como modelo en las de capa más principalmente, y en el manejo de la muleta.

Discreto y previsor, no quiso apurar en el redondel sus fuerzas físicas, y se fué retirando paulatinamente del toreo, concluyendo por avecindarse en el pueblecito arriba mencionado, donde aquella naturaleza resistente a la fatiga y a los peligros de la lucha con las fieras, minada poco a poco por las enfermedades y los años, sucumbió al fin al golpe inexorable de la muerte.

La madre tierra habrá pulverizado, en breve, los despojos corporales, pero el nombre seguirá permanente en tanto exista en España la fiesta de toros; y si llegase día en que ésta desapareciese, y se buscase en sus anales el prototipo

del torero inteligente, afable, modesto y honrado, la vista se detendría preferentemente en las páginas, al frente de las cuales figurasen estas dos palabras: CAYETANO SANZ.

M. DEL T. Y H.

UNA CARTA

SR. D. Julián Palacios.

Acababa de leer ayer en *El Liberal* del 23 una noticia con honores de necrología, indistintamente tomada de *El Herald* del día anterior, en la que se daba cuenta de la muerte de Cayetano Sanz, cuando el clamorear de la campaña en la parroquia de esta villa, nos anunció que nuestro buen convecino había fallecido. Algunos minutos después, la consunción que se nos demostraba el sentimiento de la pérdida.

Cayetano sucumbió en pleno goce de sus facultades intelectuales. Pidió que le colocasen a su gusto una almohada, y sintiendo sin duda el desfallecimiento que parece natural al proceder al término de la vida, dijo que llamaban al médico, expirando minutos después, porque al volver de cumplir la orden la enfermedad le asió, y murió en su lecho.

Fu su amigo, pero me dio gusto de rectificar afirmaciones que he visto en el *Boletín Social* de Cayetano. No es exacto que estuviese en la villa desde que eso de trabajar vivió en este pueblo de Villamanilla, con fincas bastantes para subsistir a sus necesidades, adquirió algunas deudas, y muchas por una especie de abandono de sus intereses que le dominó siempre. Más que se puso la mano manaron sus caudales los apoderados, como hacían en aquellos tiempos, los que gastaban coqueta y mandaban cuadrilla, y cuando le faltó voluntad, acaso inteligencia, para dirigir sus haciendas, y no comprendió que gastar miles de duros en juegos y toros, era mucho más fácil que conservar la alhacra explotando fincas rústicas. Son antedichos los juegos de tresillo y de las cenas, consecuencia de gastar cantidades fabulosas haciendo dos toros en el espacio de tiempo de tres horas, y la vida del que necesita vigilar los criados, atender a las faenas inherentes a la labor y recoger el centimo de una venta, o regalarle tercamente una compra; que todo esto, y mucho más, necesitan los que, poseyendo una fortuna de diez ó doce mil duros en fincas, como la de Cayetano, han de hacerla producir bastante para sostener los gastos de una casa, siquiera sean tan modestos, que rayen en la pobreza. Y taso las fincas en diez ó doce mil duros, según mi cálculo, sin tener en cuenta que costaron doble ó más.

Citar un detalle: Hace algunos años era mi amistad con el General (asi nos llamábamos mutuamente) bastante íntima, y solíamos fumar juntos un cigarro por la tarde, conversando un rato. Uno de los días le ví más taciturno que lo estaba comunmente; busqué la conversación, y pronto me dijo la causa de sus pesares: debía un año de contribución, y además era víctima de la usura. Por entonces poseía mi amigo cierto número de fanegas de tierra, bastante buena, de las cuales llevaban algunas en renta labradores de los pueblos inmediatos, quienes pagaban como y cuando les convenía, y otras nada le producían. Me sonrei, miróme con extrañeza y le contesté:

—Me sonrío, porque apenas se concibe que un propieta-

rio de quinientas fanegas de tierra bajo una linde, con las demás fincas que V. posee, entre ellas las de tal sitio, que apenas le producen, se ahogue por deuda de pago tan fácil. Póngalas V. en venta, se las disputarán, y con lo que valgan, tiene V. fondos sobrados para salir de apuros, y si de aquí en adelante mira V. algo más por sus intereses, acabarán los sinsabores.

Convinimos en que lo haría. Transcurrieron algunos días, nada me dijo y tampoco le pregunté. Pasado algún tiempo me rogó escribiese á un su amigo pidiéndole prestada cierta cantidad. Prefirió pedir para salir de las garras del fisco en aquel momento, á vender en buenas condiciones fincas que apenas le producían, librándose de la usura para siempre. Pero há poco venlió dichas fincas en cantidad mucho menor de la que entonces hubieran valido, y á consecuencia de su innato abandono, sus deudas cambiaron de unidad: las pesetas se convirtieron en duros, viéndose Cayetano en el amargo trance de deshacerse, para pagarlos, de su finca predilecta, Valdeciervos, en la que tantos años satisfizo su diversión favorita, la caza. Con los ojos arrasados en lágrimas, firmó el contrato de compra-venta, en 5.500 duros.

Desde la fecha de la conversación referida, desgraciada de familia, la rotura del brazo derecho en una jira en Valdeciervos, en que después de cobrar algunas piezas de caza, mientras se aderezaba la merienda, saltaban los convidados y Cayetano movía la comba por un extremo (lance increíble á no verlo), los apuros consiguientes á la continuación de su incuria, todo junto, y acaso en primer término haber vivido demasiado en la juventud, labraron en él una especie de hastío de la vida, que se traducía en genialidades hipocondríacas.

Aparte de esto, calculase que Cayetano, legará todavía seis mil duros en fincas á la viuda D.^a Blasa Gil, única persona que constituía su familia, aun cuando se asegura que tenía en Madrid una hija natural reconocida, habida antes de su matrimonio.

En su situación en los últimos años. Los aficionados á la tauromaquia que desde hace cuarenta hasta que cesó de vivir aplaudieron y admiraron á Cayetano Sanz tantas veces, no vieron en mí un representante en su conducción á la última morada. ¡Descanse en paz el insigne maestro en el arte de torear!

— que es su buen amigo,

PEDRO DOMÍNGUEZ.

Villamanilla 25 de Septiembre de 1891.

LA REVANCHA



A buscarla fueron con los mejores deseos, la Empresa de nuestro Circo taurino y los espadas Bonarillo, Pepete y Reverte, que tan mal parados quedaron en la corrida anterior; y al efecto prepararon, por si eran pocas las que nos llevan sumistradas, otra funcioncita extraordinaria, para



J. Ferea

R. Esteban y ca.
IMP. Y LIT. DE J. PALACIOS.

el jueves 24 del actual, con toros de la ganadería que fué de Laffite, y «exornada con todo el aparato que su argumento requería».

Dijimos en nuestro número anterior, que no se ganó Zamora en una hora, y como parece que ni la Empresa ni los tales diestros entienden de refranes, como no sea para aplicarnos aquel de que al que no quiere caldo, la taza llena, insistiremos en que la avaricia rompe el saco, y que no por mucho madrugarse amanece más temprano; que las flores de un día se agostan pronto, y que, aunque un refrán afirma que de media noche adelante se muda el naipe, también hay otro que aconseja despacito y buena letra. Es verdad que el que no se aventura no pasa la mar, y que donde menos se piensa salta la liebre; pero mi opinión es la de que no la hagas y no la temas, y de que poco a poco debe hilarse el copo.

En fin, como al buen entendedor pocas palabras le bastan, y en boca cerrada no entran moscas, dejémonos de refranes y vamos a ver la corrida anunciada, llevando nuestro ánimo tristemente impresionado por la reciente defunción del gran maestro de la tauromaquia, del inimitable torero en sus favoritas suertes de capear y trastear; del más elegante lidiador que ha pisado la arena; del célebre Cayetano Sanz, que á los setenta años, un mes y catorce días, ha dejado de existir en el inmediato pueblo de Villamantilla. ¡Cuánto hubiera podido enseñar á estos chicos, que no llevan más vestido que el de los buenos deseos! ¡Y qué falta les hace aprender algo, puesto que tan poco saben!

Ofendida la Empresa por las censuras que se la dirigieron en la anterior corrida, donde seis bichos entecos, pobres y desaviados la dejaron en tan mal puesto, como al ganadero Eizaguirre, resolvió satisfacer, no solamente los deseos de los aficionados, sino también los de los noveles matadores, que atribuían su derrota á las condiciones de aquellos chivos sin barbas, que en Yébenes se criaron; y cumpliendo su promesa, presentó seis toros de buena lámina, bien criados, y tres de ellos—los lidiados primeramente—de gran respeto; de modo que puede decirse que, en este sentido, tomó la revancha el empresario. Que no fueron bravos, ni codiciosos, aunque sí de gran poder y ligereza, esa no es cuenta suya; allá el Sr. Moreno Santa María, sucesor de Laffite, dueño de ellos, á quien aconsejamos procure afinarlos más, se las entienda con la opinión pública.

¿Y los novicios matadores, cómo volvieron por su honra? ¡Madre de Dios bendita! Con la misma ó peor *sombra* que tuvieron en la anterior corrida. Alguna vez mostraron entereza y buen deseo, y muchas veces torpeza y siempre ignorancia. No merece describirse, ó mejor dicho, ser descrita la tal corrida por el orden de los sucesos que en ella acaecieron, y por eso no limitaremos á referir lo más saliente, que fue, como público, mucho ruido y gran barullo. Picadores y banderilleros, víctimas de un guelo, no sin razón, como sin duda los eran superiores en todo, hasta en saber donde andaban, no merecen que de ellos nos ocupemos, más que para lamentarnos de la cornada del pobre Rodas, que era el mejorcito de los que allí vagaban, «con ojos de espanto llenos». La sufrió al entrar en un burladero donde ya había otros lidiadores, que le hicieron retrasarse y ser alcanzado en la parte alta del brazo izquierdo.

Mató Bonarillo cuatro toros, que fueron: primero, tercero, cuarto y sexto; éste y el tercero por Reverte, y los otros como Dios le dio á entender, pero que él no llegó á comprender. Esta fué la causa de tener que dar á todos los dichos tantas estocadas, que, si alguna vez fué disculpable el modo de darlas, en lo general fueron fruto de gruesa torpeza, que hizo bien el público de hacérsela entender, especialmente con aquel cuarto toro, en cuya muerte se hubiera lucido el principiante más nuevo que empuñase estoque. Y lo que á Bonarillo decimos, va también con Pepete, que entra bien á matar, adelantando muy oportunamente la mano izquier-

da para conseguir la humillación al hacer la cruz, pero que presume que todas las estocadas son de muerte, y espera... espera á que el toro caiga y el toro no cae, y se hace pesado, y atiza otra y otra, y aburre al género humano, que tal parsimonia observa. Cuando un toro *corre*, llevando puesto un estoque, cuando persigue, cuando acude acometiendo, por honda que sea la estocada, necesita otra, y á ella debe prepararle el matador, con actividad, con viveza, apoderándose de él hasta acobardarle. También abusa de los pases como Bonarillo, aunque no sufra como éste tantas coladas, que todos los espectadores preveen, al advertir que con la muleta no dan salida, si no que la recogen sobre sí por no abrir los brazos suficientemente. Pues, ¡y aquel *sube y baja* que Bonarillo enseña á las reses, cuando humilladas, las levanta á prepararlas á la muerte? Haciendo lo que hace, ¿qué ha de ocurrir más que lo que ocurre? Si la muleta más *liada* de lo que ahora se usan para los inventores de mantas grandes, al levantarla para colocar al toro en suposición natural, fuere luego bajada despacio, nada más que hasta la altura de la vista de la res (que luego, al arrancarse, es cuando se baja para que humille), y no hasta el suelo, arrastrando el trapo, otra cosa sería y fácil la entrada á la muerte.

De ese muchacho llamado Reverte, no queremos hablar más que para darle la enhorabuena por su cogida, porque realmente, debió quedar muerto y atravesado por el asta del toro, puesto que, estando éste avanzado, y no sabiendo él dar salida con la muleta, se arrancó á matar á lo que saliere. Para ser torero, le falta todo, hasta aquel valor que perdió en Palencia, y del que no le ha quedado rastro alguno.

No hubo, pues, para los espadas, revancha alguna, si no la confirmación de su impotencia y de su ignorancia. Lo dicho, dicho.

En cierto modo, los aficionados pueden congratularse de este resultado, porque estábamos amenazados de una indigestión de incipientes torerillos, que á costa nuestra y á precios caros, querían hacer un aprendizaje que había de durar algunos años, en el caso de que llegasen á cuajar. ¿A dónde están Currito y Cara ancha? ¿Qué fué de Angel Pastor? Con sus defectos y todo, ¿no son dignos de alternar con Mazzantini y Guerrita, únicos espadas que nos quedan? Madrid quiere toreros experimentados, que podrán valer más ó menos, pero que nunca pueden ser colocados al nivel de cuatro atrevidos novilleros que para nada sirven. Madrid necesita toreros de primer orden, no aspirantes subalternos.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

TOROS EN MADRID

La corrida de Beneficencia. 27 Septiembre 1891.

El mal tiempo que se anunció para esta tarde, se limitó á las empresas de picadores, que se tramita á entidades tan respetables como la Diputación Provincial, no tiene explicación satisfactoria. Constatada dicha Corporación con los procedimientos de la Empresa de esta Plaza, llegó en el año de lucro á recargar algunas localidades en sus precios, de una manera lamentable. Sabido es que la segunda corrida de Beneficencia no reviste nunca la solemnidad que la primera; y, sin embargo, lo que hasta ahora no había ocurrido, ni en localidades como los palcos de sol, los recargos extraordinariamente, no guardando la consiguiente proporción entre los restantes, y originando las consiguientes protestas entre los abonados á las mismas, por tal falta de consideración. Allí ella, sufra las censuras por tan deficiente administración, y sufra el castigo correspondiente á tal culpa.

Con esto, y hacernos andar á una *de caballo*, pues la hora de empezar se fijó posteriormente en los dos, por tener que ausentarse para Sevilla las cuadrillas del Espartero y Guerrita, que, con las de Lagartijo y Mazzantini, estaban encargadas de llevar la lidia de los ocho Veraguas destinados para la misma, dió principio la fiesta á la hora citada, previos los preliminares de rúbrica, apareciendo el:

1.º *Cordon*; ensabanado, buen mozo y algo caído del derecho, que blando y quedado en varas; tomó seis; matando un caballo. Ostión le adornó con un par al cuarteo desigual y otro de frente, bueno; Manene, con uno parando y medio aprovechando; y Lagartijo, de grana y oro, se deshizo de él

de una corta á volapie, bien señalada, y otra buena en las tablas en igual forma.

2.º *Vinatero*; castaño bragado, bien criado y abierto de cuerna. Con poca resistencia, aunque voluntario, aguantó ocho puyazos por unacaida. Entre Tomás Mazzantini y otro banderillero, le colocaron cuatro pares buenos los del primero y desiguales los del segundo, dándole pasaporte Mazzantini de un buen volapie. Vestía el diestro verde aceituna y oro.

3.º *Gilguero*; berrendo en negro, capirote, botinero, grande y abierto de astas. Con las mismas condiciones que el anterior, tomó ocho varas sin más consecuencias. Morenito deja un par caído á la media vuelta, y otro cuarteando, bueno, y Julián Sánchez uno como éste último. El Espartero le finiquita de una estocada á un tiempo hasta el puño. (Ovación.)

4.º *Sordito*; negro bragado, grande y ancho y vuelto de cuerna. Voluntario y certero, toma seis varas por una caída y tres caballos. Primito cuarteó dos pares regulares, y Mojino sesga uno caído, terminando Guerrita con una magnífica estocada en las tablas. (Otra ovación.)

5.º *Comero*; melocotón, de hermosa lámina, bien criado y adelantado de defensas. Bravo en varas, aguantó seis, originó tres caídas y mata dos caballos, dando lugar á que se lanzan en quites los dos Rafaeles. Parean estos, y Molina deja dos grandes pares de frente y uno al cuarteo, superior, y Guerra uno y medio cambiando varias varas, y otro sesgando, todos buenos. Música. Lagartijo receta una buena estocada á volapie y un descabello á la segunda.

6.º *Romero*; cárdeno bragado, lucero, rubicano, pequeño, cornicorto y con una cornada en un ijar. Sin poder se acerca siete veces á los caballos, y los derriba una. Espartero clava dos pares designales, aplaudiéndose la voluntad. Luis Matado y medio malo, despachándole luego de una estocada caida y trasera, cinco intentos de descabello, otros dos en tablas, tendenciosa, y un descabello á la tercera.

7.º *Auliano*; colorao, ojo de perliz, grande y abierto de pitones. Espartero le saluda con cuatro verónicas y tres de frente por detrás, aceptables. Luego toma con poder pero sin voluntad seis varas, y propina dos talegazos. Julián cuarteó un buen par y dejó otro; el Morenito deja otro regular, y Espartero, de azul y oro, clava una estocada en la paletilla, y media á volapie en buen sitio; y

8.º *Tonto*, de nombre y de hechos; negro bragado, pequeño y corto de agujas, cumple aceptando cinco puyazos, á cambio de una caída y dos caballos muertos. Mojino, tras un par al cuarteo, bueno, deja otro desigual, y el Primito coloca el suyo, delantero; terminando Guerrita, que sacaba traje negro con oro, de una estocada á volapie bien señalada.

En conjunto: la corrida, por lo que al ganado atañe, no ha pasado de regular. Los toros del Duque, han traído las mismas condiciones de lámina que siempre los distingue. Bonitos pelos, bastante corpulencia en general y bien criados, no presentando, sin embargo, la carne muy nutrida, y acusando el mal año de pastos que atraviesamos. Cuanto á sangre y bravura, muy deficientes, repitiéndose lo que viene sucediendo hace tiempo; esto es, que á la segunda ó tercera vara, se acabó la resistencia, y que por una excepción hay bicho que llegue á aguantar más de media docena. Por consecuencia de esta penuria de fuerzas, llegan también al segundo tercio inciertos ó quedados, y á la muerte sin facultades ó en exceso aplomados. Y lo triste es que estos defectos los vamos ya considerando como irremediables.

Esto sentado, los matadores han cumplido con arreglo á lo que ha dado de sí el ganado.

Lagartijo, teniendo en cuenta lo que han de pesarle los años, quedó muy bien. Estuvo fresco y confiado con la muleta en el primero, y entró bien á herir en las dos ocasiones en que lo verificó. De igual manera en el quinto, abrevió la brega, sin dejar de adornarse, y entró con deseos á matar, siquiera la estocada resultase un poquito tendida. En quites, estuvo trabajador, engendrando alguna de sus inimitables largas; y dirigiendo, como siempre, tolerante.

Mazzantini estuvo aceptable con la muleta y bien con el estoque en el segundo; y aunque en el sexto paró más que de costumbre, se eternizó en la brega, desaprovechando las muchas veces que el toro se cuadró, y sin comprender que una aparatada más al toro de lo que estaba, le hubiera cumplido como bueno.

Espartero, en el tercero, colosal. Pocos pases, pero muy buenos, adornándose particularmente en los redondos, y en el quinto, tenía extraordinaria para meterse. En el séptimo, lo mató con el trapo, pero al herir, ó bien por mala colocación del diestro, ó del toro, se le marchó la mano, empuñándose en la estocada siguiente, y quedando bien en lo demás.

Guerrita, en el cuarto, comenzando en la brega y con mucho que decir, puesto que la colocación del toro era de compromiso por estar poco desahogado en las tablas. En el último, bien para las prisas que estaban sobre las cuadrillas, por salir para Andalucía. Compensó con Lagartijo el trabajo en los quites.

La nota más saliente de la corrida, fué la de banderillar los matadores, particularmente en el quinto. Los Rafaeles deleitaron al público, el viejo con su elegancia, el joven con su alegría, y ambos con su maestría. El Mazzantini y el Espartero, hay que agradecerles la voluntad que el acierto.

Banderilleros, cumpliendo, igualmente los picadores; bien la Presidencia; calor, y nutrida la entrada en el tendido, y con claros en gradas y andanadas.

D. CANDIDO.